

EVOCACIÓN DEL POETA

MARQUINA

Por ALFREDO MARQUERIE

AL otro lado del mar, en esa tierra americana sobre la que él había dejado caer como semillas fecundas, con su amplio y robusto ademán de sembrador, las voleadas y rubias estrofas de su españolísimo verso, ha muerto Eduardo Marquina. Presentíamos, a la vista de sus sesenta y siete años, una ancianidad gloriosa. Si su obra había alcanzado ya la linde difícil de la antología pura y de la auténtica inmortalidad también, soñábamos para su persona una longevidad patriarcal. Su corazón, ese corazón de Marquina, que tantas veces asomó en el temblor de su voz grave y sonora de recitador emocionado y emocionante, de gran rapsoda ibérico, y en la palpitación ardiente, en el vibrante pulso de su verso, se había entregado con demasía a la obra literaria para que el sueño del poeta longevo pudiera trocarse en realidad. Y el corazón, que nunca vacilaba en la armoniosa lira de sus composiciones, le falló en la humana caja de su pecho. Sobre la ancha y pálida frente del poeta se ciñen los laureles que no se marchitan. Y en el haz de los mundos de habla hispana, que aprendieron a decir los versos, que tampoco mue-

ren nunca, un sincero y unánime dolor da el eco a la noticia del fallecimiento de Marquina.

Vendimias, Eglogas y Elegías eran los rótulos de sus primeros versos. Horacio y Virgilio, abejas y panales, enjambres rumorosos, pastorales esquilas, pámpanos y racimos, siembras y recolecciones, la emoción del campo y de la naturaleza, como fuente primera de trabajo, de inspiración y de vida acompañaba al nacimiento literario de la gran personalidad del poeta que advenía a un tiempo y a una escuela, llamados vagamente «modernistas», pero sin que ningún crítico —ni don Juan Valera, el primero que señaló la gran aparición lírica; ni «Andrenio», que fué uno de sus más fervorosos panegiristas— se atreviera a encajarle en estricto fichero, ni en casillero exacto. Porque tal es, entre otros méritos, el que subraya las grandes y auténticas personalidades poéticas: el de escapar al lazo —que muchas veces es trampa— de las rigurosas clasificaciones.

Esa inspiración bucólica, eglógica, campestre y sana no dejó nunca de acompañar el estro y el vocabulario del poeta. Sus imágenes, sus metáforas más conmovedoras son, a lo largo de su vasta obra, las que aluden a ese aliento maternal de la tierra, que, con el de la Patria y el de la Historia, componen también la trilogía vital de su teatro.

Como todos los grandes creadores de poesía, el elemento fantástico e imaginario, el de la magia reverberante, el del recamado orientalismo le atrajo también. *Era una noche en Bagdad, El pavo real*, son muestras evidentes de esa rica y lujosa expresión con la que quiso adornar su producción escénica. Pero desde *Las hijas del Cid* y *Doña María, la Brava*, hasta *El estudiante endiablado* y *El galeón y el milagro*, pasando por *En Flandes se ha puesto el sol, La ermita, la fuente y el río, El pobrecito carpintero, El monje blanco o Teresa de Jesús*, son la Patria, la Historia —en sus más puros exponentes de tradición, de fe y heroísmo— y el amor a lo vernáculo, a lo natal, a lo terruñero, los que apoyan y sustentan esa armoniosa y poderosa arquitectura teatral y poética de la labor de Marquina, cantor en el mejor y más vibrante sentido de la palabra de todo lo bello

y acendrado, del valor permanente, de la sustancia eterna, de lo que mezclado, a veces con la pasión humana, tiene, sin embargo, categoría perenne, porque su onda decisiva es la que remonta el curso por encima de las edades, de los modos y de las modas.

Y si heroica era su inspiración, heroico también era su verbo. El octosílabo del romance antiguo, el castellano endecasílabo, la gracia del pie quebrado de nuestras tonadas populares, la métrica clásica, manejada siempre con la mayor destreza, gala, brío y bizarria, se mezclaban en la labor del poeta al lado de los mejores y más luminosos juegos metafóricos, con audacias formales de ejecución, con personalísimas maneras de escribir y rimar. Así, las de la obra *El pobrecito carpintero*, donde se ensayó genialmente una nueva técnica del teatro en verso, para apoyar la recitación sencilla y llana, que, desgraciadamente, no tuvo continuadores, porque su difícil secreto pertenecía por entero al poeta que se nos fué de la vida entre las nieblas del Hudson y los «rascacielos» neoyorkinos, añorando, quizá, en su último sueño, el otoño dorado de las sencillas «masías», que incorporó genialmente a sus musicales y dulces poemas.

Personajes inmortales de nuestra Historia, figuras legendarias, arquetipos de la Religión y de la Raza, y hombres y mujeres de humanísima contextura, de fibra apasionada, de generosa y entrañable condición, como aquella *María, la viuda*, que cimentó uno de sus últimos y más resonantes éxitos teatrales, todos con la flor del romancero en los labios, con un piropo encendido para su Patria, con un amor o un rezo en la cadencia armoniosa de sus rimas, escoltan el recuerdo de este embajador de la poesía hispana. Murió en tierra extranjera, y, además de poeta y novelista, fué también traductor cariñoso y fidelísimo al castellano de autores de otras naciones —un Guerra Junqueiro, un Eça de Queiroz, un Baudelaire...—, como para demostrar que en su vida y en su labor cabía no sólo la más robusta y sólida creación personal, sino también la cordialidad generosa para la voz ajena, el mismo afán que puso en la Sociedad de Autores, en la Real Academia Española y en cuantas empresas y trabajos abordó con espíritu infatigable

y con aquel ancho ademán de sembrador que acompañaba a la declamación de su españolísima poesía, la que con él no ha muerto, la que siempre le sobrevivirá.

DATOS BIOGRAFICOS
DE DON EDUARDO MARQUINA

Don Eduardo Marquina nació en la ciudad de Barcelona en el año 1879, donde cursó sus estudios de Bachillerato. A los dieciséis años quedó huérfano, y la falta de ingresos le obligó a aceptar una colocación de escribiente en una Empresa comercial, donde recibía un sueldo mensual de 16 duros. En los ratos libres, el que años más tarde sería gran dramaturgo, escribía versos. Por mediación de unos amigos consiguió ser nombrado colaborador del periódico *La Publicidad*, de Barcelona, donde publicó su primera poesía. Sus colaboraciones tuvieron éxito, y consiguió editar en un pequeño libro sus trabajos, que en Madrid obtuvieron gran éxito de público y crítica. Acerca de esta primera obra del poeta, titulada *Odas*, D. Juan Valera hizo los más grandes encomios.

En el año 1902, y con la protección del maestro Chapí, consiguió estrenar su primer drama, titulado *El pastor*, en verso libre, que no tuvo aceptación. Solamente se representó durante tres noches. Este contratiempo desanimó enormemente al poeta, y durante algún tiempo se dedicó al periodismo y a las traducciones, hasta que estrenó la zarzuela *El agua mansa*, con música de Gay. Su casamiento y el nacimiento de su primer hijo le crearon una grave situación económica. Pero el éxito estaba ya cerca. En 1908 logró que Fernando Díaz de Mendoza le escuchara *Las hijas del Cid*, que poco después fué estrenada con todos los honores en el teatro Español. «De ahí —dijo años después el autor— parte mi primer éxito verdad.» La obra otuvo 18 ó 20 representaciones, que entonces eran muchas, y la Real Academia de la Lengua le concedió el Premio Piquer. Al año siguiente, Marquina estrenó *Doña María, la Brava*, representada por la inmortal María Guerrero. El éxito volvió a ser propio, y su obra obtuvo 35 represen-

taciones. No obstante, Marquina continuó su trabajo como periodista y redactor de *La Nueva España*. También colaboraba en *El Cuento Semanal*, donde por cada trabajo cobró hasta 300 pesetas.

Eduardo Marquina se dedicó exclusivamente al teatro desde el estreno, en 1910, del drama *En Flandes se ha puesto el sol*. La representaron casi todas las compañías de España, y estuvo en los escenarios durante tres o cuatro años. Fué traducida al francés y al flamenco. Otras obras estrenadas por aquella época con éxito son: *La alcaldesa de Pastrana* (1911), *El rey trovador* (1912), *Cuando florecen los rosales...* (1913), *El retablo de Agrellano* (1913), *La hiedra* (1914), *Las flores de Aragón* (1915) y *El Gran Capitán* (1916). Posteriormente escribió *El pavo real*, que logró un éxito rotundo; *El monje blanco*, y, pasados algunos años, *Teresa de Jesús*, que fué traducida a numerosos idiomas y representada en París con éxito notorio. Otras de sus obras son *Emporium*, *El gavián de la espada*, la zarzuela *El delfín*, *Cantiga de serrana*, *El antifaz*, *La Caramba* y *La monja Teodora*. Entre las novelas destacan *Almas anónimas* y *Las dos vidas*.

La obra que más profunda huella dejó en él —según sus propias manifestaciones— fué *Teresa de Jesús*, estrenada en el año 1933, a los pocos días de decirse que «España había dejado de ser católica». La obra fué interrumpida en numerosas ocasiones por aplausos interminables.

El Movimiento Nacional le sorprendió en la Argentina, donde permaneció hasta el mes de agosto de 1938, en que regresó a la entonces zona nacional. En Buenos Aires realizó una magnífica campaña en pro de la causa española, destacándose un libro de poemas, titulado *Por el amor a España*, que tuvo una acogida inmejorable entre la colonia española y la población argentina. En el mes de diciembre de 1938 fué nombrado, en Burgos, presidente de la Junta Nacional de Teatros y Música, después de prestar juramento como miembro del Instituto de España en sesión solemne, celebrada en el Palacio de San Telmo, de San Sebastián, el día 29 de noviembre de aquel año.

En el mes de diciembre de 1943, y en prueba de reconocimien-

to a sus excelentes méritos como poeta y autor dramático, Eduardo Marquina recibió la insignias de la Orden de Alfonso el Sabio, que le entregó el Ministro de Educación Nacional, Sr. Ibáñez Martín. La ciudad de Barcelona también supo honrar al insigne poeta, y en un solemne acto celebrado en el Salón de la Reina Regente, del Ayuntamiento, le impuso la medalla de Oro de la Ciudad. Volvió a ser distinguido en el pasado mes de agosto al concedérsele la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica.